—No abriendo la puerta, —repuso violentamente la que había hablado antes; —no han de profanar la clausura echándola abajo para que entre la nueva Prelada.

La campana que llamaba á Capítulo interrumpió la agitada discusión.

—¡Ya está ahí! —exclamaron muchas voces.

—Hermanas, —dijo la tornera que llegaba precipitadamente,—acaba de entrar en el locutorio la Madre Teresa con el Padre Provincial y otro religioso.

—¿Y á qué llaman?

—Para que se reuna la Comunidad en el coro bajo y leerles las patentes.

Soberbias unas y aterradas otras, todas acudieron, y á través de la reja vieron de pie en la iglesia, y cubierta con el velo, á su antigua Hermana; Fr. Ángel de Salazar y su compañero estaban, el primero á la derecha, y el segundo á la izquierda de la santa Madre.

Un murmullo que no tenía nada de respetuoso se alzó de entre las religiosas; Teresa, con la frente inclinada, pareció no percibirlo: el Provincial aguardaba impaciente la calma, y entonces leyó las patentes en que constaba que, por virtud de los poderes que les estaban conferidos, el Visitador apostólico, los Padres definidores y él venían en nombrar Priora del convento de Nuestra Señora de la Encarnación de Avila á la Madre Teresa de Jesús, para bien de aquella Comunidad y gloria del Señor.

Tempestuosa gritería respondió á estas palabras; muchas se levantaron, y con osadas frases protestaron que, ni daban obediencia á lo dispuesto, ni reconocían Priora á la elegida. Perplejo y desanimado Fr. Angel de Salazar, no sabía cómo imponer silencio, luchando por que su voz dominase el tumulto. Mientras tanto la santa Madre, indiferente en apariencia cual si de ella no se tratara, tenía puesto el corazón en Jesucristo, y le pedía con gran humildad qne, pues le daba trabajos, le diera fuerzas para llevarlos como debía.

En esta confusión se habían separado las tímidas á un extremo del coro, y deseosas de la paz hablaban entre sí:

—¿Qué hacemos?—dijo una.

—Cuanto más se resista y alborote es peor,—contestó juiciosamente otra.

—Entonces vamos á tomar la cruz y á recibir en la puerta, como conviene y se debe, á nuestra Prelada.

Y en tanto que las demás continuaban sus acalorados debates, salieron del coro para hacer lo que se habían propuesto.

Teresa comprendió el objeto de aquel diálogo, y apenas las vió salir dijo al Provincial:

—Vamos, padre mío; á lo que parece quieren darme entrada.

Y seguida de los religiosos se dirigió á la puerta reglar; pero no bien llegaron se oyó aumentar el alboroto, y comprendieron que unas querían abrir y otras lo impedían; al fin las primeras, por estar más próximas, lograron su deseo, y apenas las pesadas hojas giraron sobre sus goznes, un espectáculo desconsolador se presentó á los ojos de los que llegaban.

La agitación era grandísima; las palabras du-

ras y los ademanes hostiles; crueles invectivas abrumaban á la fundadora, mientras ésta, con admirable serenidad, pasaba el umbral y se entregaba, sola é inerme, á tantas enemigas.

La puerta se cerró tras ella, y Fr. Ángel, enojadísimo de lo que sucedía y temeroso de que la oposición pasara á vías de hecho, prestaba atento oído á los rumores que venían hasta él. Mezclábanse los versículos del *Tedéum*, que entonaban unas, con las amenazas que fuera del templo exhalaban otras; y por mucho que el Provincial se figurara lo que sucedía, quedaba siempre lejos de la realidad.

La alteración de los ánimos, la pena de verse vencidas, el terror de una parte y el amorcillo propio de otra, influían de tal manera en las naturalezas débiles ó sobradamente irascibles, que muchas padecieron entonces no pequeñas convulsiones. Compadecida Teresa de Jesús acudía á ellas, y tal virtud había puesto el Señor en sus benditas manos que sólo con tocarlas volvían en sí y tenían alivio sus padecimientos.

—¡Milagro! ¡milagro!—exclamaban las pocas fieles al ver esta maravilla.

—No, no mis hijas,—respondía apresuradamente la santa Madre;—eficaz virtud del *lignun crucis* que me acompaña.

Al fin pudo llegar al coro, y se postró humildemente; largo rato permaneció allí sola, sin que menguase fuera el ruido de gritos, quejas y sollozos, como si horrible plaga hubiese caído sobre el convento. Aunque tranquila Teresa porque cumplía la voluntad del Señor, honda tristeza le acongojaba el alma viendo cuánto desconocían en

su antigua Casa los anhelos de su bien que le traían á ella.

—Madre Teresa,—dijo á través del velo y reja la voz de Fr. Ángel de Salazar, trémula por la violencia que se hacía;—lleve su reverencia en caridad estos trabajos, que yo le aseguro he de hacer tantos y tan ejemplares castigos que siempre lloren esas desgraciadas la conducta que hoy observan.

—¡No los haga, por nuestro Señor!—suplicó la fundadora con una humildad que edificó al Provincial.—Harta pena tienen con la falta de libertad para elegir Prelada y hallarse con una que tanto les contraría, y no se maraville su paternidad de lo que dicen, que razón les sobra para no querer admitir Priora tan mala.

Este fué el recibimiento que por ceguedad y tentación del enemigo hicieron en la Encarnación de Avila á Teresa de Cepeda, antigua Hermana y ejemplar compañera de casi todas aquellas religiosas.

VI

No porque pasara la noche se tranquilizaron los ánimos; la fundadora había convocado Capítulo para las primeras horas de la mañana, y todas se proponían obrar en él de manera que dejase de gobernarlas contra su voluntad. Desde el alba se reunían en grupos, y misteriosos cuchicheos corrían de boca en boca; temerosas de perder su libertad y los regalos que permitía la Regla mitigada, sentíanse como capaces de todo por

conservar sus privilegios. Ninguna se acordaba que la mala administración de los caudales las hacía carecer hasta de lo preciso.

Teresa entró en el coro una hora antes de la señalada para el Capítulo, y lloró largo rato en la presencia de Dios; fortalecida luego, porque de la oración sacaba siempre valor extraordinario, dióse priesa en ejecutar el proyecto que había concebido.

Cuando las religiosas llegaron, harto mal dispuestas para atender razones, se detuvieron sorprendidas; en la silla prioral que debía ocupar la nueva Prelada estaba una bellísima imagen de Nuestra Señora, con el hábito de la Orden y las llaves del convento en la mano. Sentada en el suelo, á sus pies, se hallaba Teresa de Jesús.

¡Admirable y discreta previsión que ofrecía á la rebelde Comunidad la efigie de la verdadera Priora y eterno jefe de aquella Casa! Así, por díscolas que fueran, al ver á la Virgen sentían flaquear su enojo y trocarse, por consiguiente, sus pensamientos.

Cuando por la compostura y silencio que guardaban comprendió la santa Madre lo que pasaba en sus corazones, les habló de este modo con tal dulzura, como lo hubiera hecho á sus amadas descalzas:

—«Señoras y hermanas mías: nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta Casa para hacer este oficio, y de ello estaba yo tan descuidada cuanto de merecerlo. Me ha dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que no sabré hacer, como que á vuesas mercedes les hayan quitado la mano que tenían

para hacer sus elecciones y les hayan dado Priora contra su voluntad y gusto, y Priora que haría harto si acertara á aprender de la menor que aquí está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo á servirlas y ayudarlas en lo que pudiere, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformar. Por eso, vean, señoras, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa y hermana de vuesas mercedes; de todas ó de la mayor parte conozco la condición y las necesidades; no hay para qué se extrañen de quien es tan propia suya: no teman mi gobierno, que aun cuando hasta aquí he vivido y gobernado entre descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo han de gobernarse las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos al Señor todas con suavidad, y eso poco que nos mandan nuestras Reglas y Constituciones lo hagamos por amor de aquel á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos, que piadoso es el Señor para que poco á poco las obras igualen con la intención y deseos.» (*Avisos*, 5, tomo I de las Cartas. Todo este suceso refiere detalladamente el P. Yepes en el libro II, cap. XXV de su obra.)

Con esta suave plática y la vista de la Virgen se le rindieron todas las voluntades, y las más rebeldes le prestaron obediencia; pero no era extraño: cuando la temían resentida, la hallaban misericordiosa; cuando creían que iba á despedir relámpagos de enojos y rayos de privaciones, la

encontraban dulce, complaciente y dispuesta á sacrificarse por todas. No eran de piedra aquellos corazones, y con abundantes lágrimas satisficieron á Dios y á su Prelada de la conducta que habían observado.

VII

Poco tiempo había que el convento de la Encarnación estaba regido por la santa Madre, y nadie, viéndolo ahora, lo hubiera tomado por el antiguo, que su prudencia y ejemplo habían trocado. Mientras con los consejos, perseverancia é incansable celo limitaba las libertades, arbitraba recursos teniendo consigo la bendición de Dios, la abundancia sucedió á la escasez, que tanto afligía á las monjas; aficionábanse éstas cada vez más al recogimiento y perfecta virtud, y se negaban hasta á los más lícitos pasatiempos; así el coro estaba siempre lleno, y los locutorios vacíos; vivían, en fin, sin ser descalzas, como si lo fueran, y á tal extremo que cuando se trataba de este asunto entre la gente desocupada, que se llamaban devotos de la Casa, repetían de común acuerdo:

—Mientras la Madre Teresa de Jesús esté en la Encarnación, es perdido el tiempo que se gaste en procurar visitas.

En tanto la Priora daba á unas el hábito, á otras el velo de profesas, y les decía frecuentemente:

—«La primera piedra del bien espiritual, ha de ser la buena conciencia y huir del pecado venial.» (*Camino de Perfección*, cap. V, núm 2.)

—«Amor y temor de Dios son los únicos remedios para tener seguridad en esta vida.» (*Camino de Perfección*, cap. XL, núms. 1 y 2.)

Una tarde, víspera de San Sebastián, el primer año que Teresa era Prelada, se rezaba la Salve en el coro, cuando, volviendo la fundadora sus miradas á la silla que desde el primer Capítulo ocupaba la sagrada efigie de María, vió en visión intelectual á la Santísima Virgen rodeada de ángeles, muchos de los cuales coronaban á la vez los remates de las demás sillas; toda la Salve gozó tan dichosa aparición, y cuando iba á terminar oyó decir á la Reina del Cielo:

—*Bien hiciste en ponerme aquí; yo estaré presente á las alabanzas que se hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.* (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

Grande fué el consuelo que experimentó Teresa, y mucho el ánimo con que desde aquel instante prosiguió sus difíciles tareas; estudiando siempre el modo de que las religiosas estuviesen alegres, permitíales de vez en cuando honestas recreaciones; se esmeraba en celebrar las fiestas de los santos á que tenían más devoción; prodigaba á las enfermas amorosos cuidados; fortalecía á las débiles, dominaba los caracteres violentos, llenaba de fervor á las que más tibias se habían mostrado, y era para todas madre tierna é indulgente cual ninguna.

La dirección del espíritu de sus hijas fué desde luego el objeto preferente de su atención; recelosa de que, si se guiaban por sus caprichos, tornarían á las intranquilidades pasadas, pidió al Visitador que les nombrara confesores descalzos, y éste envió á Fr. Juan de la Cruz y otro compa-

ñero llamado Fr. Germán, digno émulo del anterior, los que terminaron la obra felizmente empezada, yendo tan adelante la preciosa semilla de virtudes plantada por el Señor en aquellos días, que aún persevera en los nuestros siempre floreciente.

Dos años se habían pasado y empezaba el tercero, cuando la variación de local en Salamanca hizo necesaria allí la presencia de la fundadora; algunas religiosas de la Encarnación, que estimaban más los trabajos á su lado que los regalos sin ella, se apresuraron á seguirla en este viaje. Terminados felizmente los negocios á que había ido, volvió á Avila para concluir su tiempo de prelacía.

Y cuando llegaron las nuevas elecciones, fué reelegida por unanimidad de votos; ¡tan felices y bien halladas se consideraban ya con su gobierno!

Pero entonces el Provincial se opuso, acaso para castigar los antiguos desmanes, y negó lo que deseaban: no desmayaron por esto las Carmelitas; antes se entabló pleito, que llegó hasta el Consejo Real; mientras allí decidían, volvió la fundadora tercera vez á Salamanca; habían surgido dificultades con Pedro de la Banda, y el arreglo que hizo de ellas confirmó gallardamente lo que el rey Felipe II dijo una vez á propósito de la santa Madre:

«Teresa de Jesús debe tener alguna provisión del Consejo Real de Dios para que todo se haga como quiere.»

CAPITULO XI

SAN JOSÉ DEL CARMEN

I

El fallo de la Corte fué contrario á la elección de las religiosas, y éstas lloraron amargamente la pérdida de su amorosa Prelada. ¡Más pena les costó separarse de ella que habían tenido para recibirla!

Á pesar de que entonces sufría mucho la fundadora con sus habituales padecimientos, y de que anhelaba gozar alguna quietud entre sus hijas de Salamanca, así como visitar las Casas de Medina, Valladolid y Toledo (que la de Alba la vió al paso), dió de mano á cuanto podía servirle de satisfacción para emprender nuevos trabajos.

Don Andrés Ximena, hermano de la descalza Isabel de Jesús, le escribió desde Segovia participándole que había conseguido del obispo don Diego de Covarrubias, y de la ciudad, licencia para fundar un convento de la Reforma del Car-